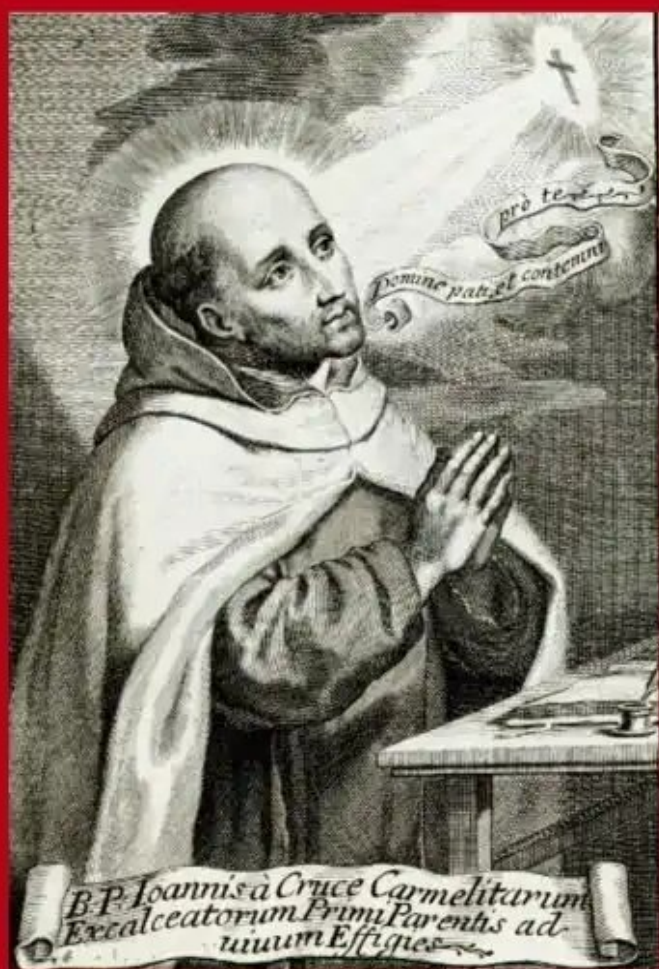


José Luis Olaizola



Los amores de san Juan de la Cruz

Los amores de san Juan de la Cruz

José Luis Olaizola

Los amores de san Juan de la Cruz



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación y otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Los amores de san Juan de la Cruz

© José Luis Olaizola, 1999

© BibliotecaOnline SL, 2020

Castillo de Fuensaldaña 4

28232 Las Rozas Madrid

(España)

Primera edición: septiembre de 2020

ISBN: 978-84-17539-38-2

Diseño de cubierta: BibliotecaOnline

Composición: BibliotecaOnline SL

Impresión y encuadernación: PodiPrint

Impreso en España-*Printed in Spain*

Índice

Advertencia	7
1. Del negocio de la seda al quebranto de los cerdos	9
2. El esplendor de los Yepes	18
3. Amor en Fontiveros	27
4. El taller de la felicidad.....	38
5. Catalina Álvarez, viuda de Yepes	54
6. La conversión de Francisco de Yepes	61
7. Orfanato en Medina del Campo.....	70
8. La vocación de Fray Juan de Santo Matía	79
9. La oración de Fray Juan de la Cruz	89
10. De la pobreza de Duruelo a la confusión de la Encarnación.....	100
11. El demonio y fray Juan de la Cruz.....	115
12. Un poeta encarcelado	130
13. Como un ladrón en la noche	148
14. Por tierras de Andalucía.....	155
15. Donde no hay amor, pon amor	165

Advertencia

Para la composición de esta novela sobre San Juan de la Cruz, que comprende sólo determinados aspectos de su vida, el autor se ha valido de todos los recursos literarios propios del género, incluso creando personajes de ficción para apuntalar el relato, pero respetando siempre el marco histórico y la indudable santidad del personaje. Y ha podido ser escrita gracias a la ingente labor de investigación de Crisógono de Jesús Sacramento, carmelita descalzo, uno de los mejores sanjuanistas de todos los tiempos

1. Del negocio de la seda al quebranto de los cerdos

Gonzalo de Yepes era un joven agraciado, dado a juegos y bromas, que se calcula que nació en Tordesillas hacia el 1508. Hijo de un rico hacendado estudió letras y números con un clérigo de Bercero, con tan buenas disposiciones, que su padre tenía decidido mandarlo a estudiar a Salamanca.

Su madre no era del mismo parecer por entender que con lo aprendido tenía sobradas letras para ser un cumplido caballero que había de casarse con quien conviniera al linaje de los Yepes, todos ellos muy acomodados, con varias generaciones dedicados al comercio de la seda y la pañería en las provincias de Castilla, León y Asturias.

Los Yepes residían en Medina del Campo, que era el centro comercial más importante de Castilla, a cuyas ferias venían a comprar y vender hasta los ricos mercaderes de los Países Bajos. Estos Yepes eran primos unos de otros, pero todos se trataban como hermanos, y desde el año 1480 se habían concertado para que uno de ellos fuera cabeza de todos, de manera que, si había diferencias por razón del negocio, o de otros pleitos familiares, a él tocara resolverlos sin necesidad de enfados, ni cuanto menos de recurrir a jueces y alguaciles.

En la citada reunión familiar del 1480 designaron como cabeza de familia a don Juan de Yepes, chantre de la catedral de Burgos, que primero casó, pero viudo muy joven se ordenó como sacerdote, sin que se le conociera falta alguna en el ejercicio de su sagrado ministerio. A la ciencia humana que adquirió en su juventud, comerciando con la seda, como todos los Yepes, para lo que se recorrió muchos países de Europa, unió las gracias que confieren las sagradas órdenes, el estudio, y la vida austera propia de un buen sacerdote, de manera que siempre tenía el juicio claro para aconsejar a los que de él dependían; traía fama de ser el canónigo más elegante de toda Castilla, pues siempre vestía unos balandranes, con su esclavina, todo en rica seda, pues siendo un Yepes no podían ser otros sus ropajes, por muy talaes que fueran.

Los Yepes, unos más que otros, eran todos muy ricos y aficionados a comprar tierras, bien de labrantío, o de huertas,

amén de montes para cazar venados, y codornices y torcaces en septiembre. También tenían dehesas de ganado vacuno y rebaños de cabras y ovejas, de los que trashumaban cuando llegaba el invierno a los pastos de Extremadura y Andalucía. Esta afición les venía del viejo dicho de que no conviene tener todos los huevos en el mismo cesto, y aunque nada era tan próspero como el comercio de la seda, siempre andaban con el temor de que el turco les cortase el camino por donde les llegaba, muchas de ellas de Italia, y algunas hasta de Creta.

También eran muy ordenados en sus limosnas, siendo de los que daban el diezmo de sus frutos, según sus devociones. La mayoría lo dejaban al buen juicio del canónigo don Juan quien les encarecía que en ese punto debían ser en extremo honestos, sin hacer trampas o amaños en las cuentas, porque a él le podían engañar, pero no así a Dios, que veía en lo más oculto, y les ponía el ejemplo de lo que les sucedió a Ananías y a su mujer Safira, que por retener parte del precio de un campo que habían vendido, cayeron fulminados a los pies de san Pedro. Sobre este extremo lo Yepes se traían bromas y disquisiciones sobre cómo había de entenderse lo del diezmo, pero en general atendían a las indicaciones del canónigo, que se mostraba más severo con las concupiscencias del dinero que con las de la carne, poniéndoles muchos ejemplos de las Sagradas Escrituras, en las que bien Yahvé, bien el mismo Jesucristo, manifestaba mayor caridad con quienes pecaban por debilidad, que con los que acumulaban tesoros. A él no se le conocían tales debilidades, pero no se podía decir lo mismo de todos los Yepes, algunos de los cuales dieron que hablar, siendo el caso más sonado el de García Menéndez de Yepes, del que acabó por saberse que tenía otra familia en Lyon, de Francia, a donde iba a comprar seda por ser muy famoso esta región en la cría del gusano que la produce ya desde el tiempo de los romanos.

Era éste un mal muy extendido entre los caballeros, y en la misma realeza, de ahí que no se escandalizara don Juan, pero les hacía ver cómo debían ser fieles a sus mujeres, y tener cuidado en los viajes para no caer en tentación, encareciéndoles que siempre que pudieran evitaran las posadas y se hospedasen en los monasterios que les tomasen de camino, o en casas de personas honestas, recomendadas por gente de religión. Y con tono compungido decía que bien sabía de lo que hablaba, pues joven había sido por esos caminos de Dios, que presto el

Diablo los hace suyos tentando a los buenos cristianos en lo que menos defensa tienen.

Don Gonzalo de Yepes, padre de Gonzalo el joven, cuando cumplió los cuarenta años tomó una decisión que sorprendió al resto de los Yepes: se compró una hacienda muy hermosa a orillas del río Tajo, no lejos de la villa de Yepes, de la que todos ellos eran oriundos, en la demarcación de Toledo, y a ella se retiró apartándose del comercio de la seda alegando que bien se merecía aquel regalo después de tantos años de penar en el oficio. A la familia no le pareció bien por entender que, si otros fueran del mismo parecer, pronto se debilitaría la fuerza que tenían ayudándose unos a otros, y podría dar lugar a que gente extraña quisiera hacerse con parte de un negocio que los Yepes tenían como propio desde hacía cinco generaciones.

Esto lo decían mayormente por los judíos, que en Italia y en Francia mandaban en el mercado de la seda y tenían puestos sus ojos en Castilla, plaza muy codiciada desde que le comenzaran a llegar las riquezas descubiertas al otro lado de la mar oceánica, sobre todo el oro y la plata en proporciones desconocidas en Europa y entendían que metales tan preciosos, revestidos de seda, harían falso el refrán de que, aunque la mona se vista de seda mona se queda. Este pueblo, tan perseguido desde que tuvieron la mala ocurrencia de crucificar a Jesucristo, veían en la posesión de las riquezas el mejor remedio contra tanta saña, porque de ellas se servían para hacerse con el favor de los poderosos, como les ocurrió con el emperador Carlos V al que ayudaron con sus dineros a alcanzar la corona de Alemania.

Pero en otras ocasiones esas mismas riquezas fueron su perdición, ya que por hacerse con ellas los condenaban al destierro, para así poder confiscárselas. Los Yepes eran de los que miraban con recelo a los judíos, pues bien conocían de su arte para lucrar riquezas, ya que, aunque se hacían pasar por cristianos viejos, fue un Yepes, de la sinagoga de Toledo, el que primero se metió en el comercio de la pañería, y no hay peor cuña que la de la misma madera.

Hubo reproches de los Yepes por la decisión de don Gonzalo, pero el canónigo don Juan determinó que estaba en su

derecho y hasta le alababa el gusto, pues los afanes de este mundo a nada bueno podían conducir. El mismo estaba pensando en abandonar la canonjía y retirarse a un monasterio de cartujos para aprovechar mejor los pocos años que le quedaban de vida; pero le quedaban menos de los que pensaba y de allí a poco murió de hidropesía, enfermedad a la sazón muy común.

Le sucedió como cabeza de los Yepes el que más talento había demostrado en el negocio y el primero que no se conformó sólo con comprar y vender, sino que mandó construir grandes cobertizos y se hizo traer telares de Amberes, y en ellos fabricaba mantos finos para los caballeros, y de paño más basto para los soldados. Y con estos últimos multiplicó su fortuna por la gracia que se dio en ganarse el favor de los proveedores de los ejércitos reales, siendo raro el soldado de la parte de Medina, Valladolid y Burgos, que no abrigara con un paño salido de sus telares.

Se llamaba Hernando Aguilera de Yepes, y en él se miraban los más jóvenes de la familia como el ejemplo a seguir para medrar en el oficio, y pocos fueron los que le discutieron su derecho a dirimir las diferencias que pudiera haber entre ellos.

Como primera medida dispuso que puesto que la caridad bien entendida comienza por uno mismo, lo del diezmo había de entenderse después que estuvieran cubiertas todas las necesidades de presente y de futuro de la familia y a tal fin mandó construir un granero de diez pies de alto, por treinta de largo y otros tantos de ancho, que siempre había de estar colmado en previsión de los años de sequías y malas cosechas; por la misma razón con el dinero compró un valle, orilla de un afluente del Duero, conocido como el de Cantarranas, muy bueno para pastos y se trajo ganado de la parte de Guipúzcoa, que era de mejor condición, que el de Castilla. Por san Antón hacía bendecir a todas las crías, y en la prosperidad de ellas veía el favor del cielo, gustoso de que a los Yepes, buenos trabajadores y amantes del prójimo, nunca les faltara el sustento.

Esto no hubiera sido del agrado del canónigo fallecido, que le hubiera traído a colación el pasaje del evangelio del hombre rico que tuvo una gran cosecha y se mandó construir graneros y le dijo a su alma que ya podía dormir tranquila y aquella misma noche murió. Pero don Hernando también sabía razonar el evangelio con fundamento, sin faltar a la caridad.

Por eso, los años de buena cosecha, consentía que del granero colectivo se sacara un diezmo para repartirlo entre los necesitados. Algunos de los Yepes no quedaban con la conciencia muy tranquila pues entendían que estaban repartiendo un diezmo del diezmo, pero aceptaban la autoridad de quien habían elegido como cabeza de todos ellos. Con el ganado hacía otro tanto, desprendiéndose de las vacas más viejas a favor de los pobres en años de bonanza.

Con don Hernando prosperaron las diversas ramas de los Yepes, y a todos les enseñó el arte de los telares, y cómo debían ganarse el favor de los regidores para venderles sus paños, pues para los que de él dependían no tenía secretos, siendo también muy benévolo con sus faltas y debilidades, siempre que no afectara al honor de los Yepes. Este consistía en cumplir con la palabra dada y en no engañarse unos a otros, y les ponía el ejemplo de las monarquías que cuando los súbditos están unidos bajo un monarca que les sabe mandar prosperan más que cuando se muestran díscolos o desunidos.

Entendía don Hernando que el que tuvieran aquel granero tan hermoso, más el valle con el ganado vacuno gracias a lo que detraían del diezmo común, había de unirlos por conveniencia y cuidaba de que cada primavera se reuniesen todos los Yepes en el valle, a compartir un asado de bueyes y terneros, en el que participaban también los criados, con sus mujeres y sus hijos, y los pobres de solemnidad en un lugar más apartado. Años hubo que se llegaron a reunir más de doscientos y todos quedaban saciados. No faltaban a la fiesta clérigos, que le gastaban bromas a don Hernando, a veces acerbadas, sobre el manejo que se traía con el diezmo debido a la Iglesia, pero a éstos también los sabía contentar, teniendo especiales atenciones con ello.

De don Gonzalo, el viejo, el que se retiró a vivir a las orillas del Tajo, poco se supo hasta que llegó a Medina una noticia asombrosa: el que decía que se había apartado del mundo, de sus negocios y quebrantos, para disfrutar de un merecido descanso, sin otro cuidado que atender a la educación de su único hijo, estaba en riesgo de quebrar, porque se había empeñado en un negocio de cría de cerdos del que había salido mal parado.

—¿Cerdos? —se asombró don Hernando— ¿Un Yepes criando cerdos? ¿Cuándo se ha visto semejante cosa?

Y mandó a un criado a Toledo para que se informase puntualmente de lo sucedido.

Cuando este criado, que se llamaba Tomás, llegó a su destino, se encontró la hacienda desbaratada, los campos abandonados, y a don Gonzalo a punto de morir, atendido sólo por una vieja criada, y por su hijo que se mostraba en extremo amoroso con él, diciéndole que no le diera pena por los caudales perdidos, y que no les había de faltar el sustento ya que brazos tenía para ganárselo.

El anciano se admiraba de la bondad de aquel hijo, y decía que era el único consuelo que le quedaba en su desgracia.

Su desgracia le vino porque se dejó engañar por un primo de su mujer, un toledano entroncado con gente de la nobleza, quien le decía que era mucha comodidad a sus años, y con su ciencia para los negocios, querer vivir regaladamente, sin otro quehacer que ver crecer sus trigos, sin cuidarse de hacer fructificar los talentos, y que mirase a que tenía un hijo, mozo y bien parecido, que merecía algo más que pasarse los días orilla del río haciendo versos. Y cuando don Gonzalo le decía que tenía pensado enviarle a estudiar a Salamanca, le replicaba el toledano:

—¿Y qué se le ha perdido en Salamanca a semejante doncel? ¿Es que, acaso, queréis hacer de él un fraile? ¿Qué hay en Salamanca, que no pueda encontrar en Toledo, que la tenéis, además, a tiro de piedra? Y tened por cierto que, por el contrario, en Toledo encontrará lo que no hay en Salamanca y que bien conviene a vuestra prosapia.

Y le razonaba cómo Gonzalo el joven podría casar con una doncella de la nobleza toledana, y si tanto arte se daba para las letras, podría llegar a corregidor y quién sabe si a secretario de alguna eminencia de la Corte, o del mismo emperador, pues buenas amistades tenía él para ponerle en ese camino.

La esposa de don Gonzalo, mucho más joven que él, aun siendo mujer discreta, tenía sus ínfulas y, como madre, veía con buenos ojos que su hijo pudiera medrar al amparo de su pariente.

Este pariente convenció a don Gonzalo de que le convenía mejorar su hacienda ya que cuanto más crecida fuera, mejor boda podría hacer su hijo. Y fue cuando le propuso comprar cerdos y embarcarlos para la Española, donde los pagaban en oro.

-¿Cerdos? -se admiró don Gonzalo, al igual que le ocurría a su primo don Hernando meses después- ¿Un Yepes criando cerdos?

Pero el toledano le replicó en lo que más podía picarle:

-¿Y qué le ocurre al cerdo? ¿Es que, por ventura, lo tenéis como animal impuro, al igual que los judíos?

Era a la sazón el cerdo animal muy controvertido, despreciado por judíos y mahometanos, a causa de su religión, pero muy apreciado en las tierras recién descubiertas, no sólo por el mucho provecho que de suyo tiene el cerdo, sino porque fue el animal que mejor se hizo a ellas, tanto en el Caribe como en la tierra firme y bien en vivo, bien en salazón, todas las naves que partían para las Indias debían aprovisionarse de él. De ahí que muchos ricos labradores se dedicaran a la cría del cerdo y hasta el Presidente del Consejo de Indias no se hacía de menos por enviar pjaras enteras, por su cuenta, a los encomenderos de La Española y de la isla de Cuba, y dicen que con este tráfico ganó más que con el de negros traídos de África, pues aun siendo éstos vigorosos y de buen conformar en el comer, no lo eran tanto como los porcinos y morían más por el camino.

Sea por dar gusto a su esposa, sea porque no fuera a entenderse que tenía al cerdo por animal inundo, accedió a meterse en el tráfico de mandarlos a las Indias, siendo el toledano quien se ocupaba de comprarlos, y quien viajaba a Sevilla para contratar los navíos que debían transportarlos. De este primo no se merece el nombre, o más bien don Gonzalo en su lecho de muerte no quiso ni nombrarlo, por no llevarse consigo rencores a la otra vida y Tomás, el criado de don Hernando, se refería a él como *el toledano*. Tampoco pudo dar razón de la esposa, que no se sabe si enloqueció o murió del disgusto cuando se quedaron en la miseria. Sí consta que Gonzalo el joven poco tuvo que ver en el desaguisado pues con el pío de que habían de hacer de él un caballero de la nobleza lo mandaron a Toledo, a casa de un aristócrata venido a menos, pero que tenía acceso a todos los palacios de la corte, que en aquellos años

estaba en la ciudad del Tajo. También se ignora el provecho que sacara el joven de aquellos enredos, aunque siempre se reprochó el haberse dejado tentar por cantos de sirena y decía que si hubiera estado más cerca de su padre otro hubiera sido el cantar, pues más ven cuatro ojos, que dos.

Todo se concitó para lo que estaba escrito que había de suceder y, aparte de los dineros que se metió el toledano en su faltriquera, se declaró una peste porcina que la traía una mosca azulada, del tamaño de un gorgojo, y que poco se podía hacer contra ella, al extremo que el único remedio fue apartar y sacrificar a las bestias inficionadas, y así lo dispusieron las autoridades, justo cuando las piaras que había mercaderado el toledano por cuenta de don Gonzalo se encontraban en lo que llamaban la *ruta del puerco* que unía Trujillo con Sevilla, muy amena por discurrir entre frondosidades, y vigilada por la Santa Hermandad para que los cuatrerros no depredasen los ganados.

En aquella ocasión a los cuadrilleros les tocó el trabajo de obligar a los de la ruta a sacrificar a todos los puercos que dieran muestras de tener el mal de la mosca azul, y enterrarlos al borde del camino, después de rociarlos con cal viva. Este fue el primer quebranto que sufrió el negocio de don Gonzalo, pues sus piaras fueron de las más castigadas por aquel azote y no hay constancia de que ninguna llegara con bien a la ciudad de Sevilla.

Desde esta plaza, emporio del comercio con las Indias, el toledano mandó propios a don Gonzalo diciéndole que era la ocasión no sólo de resarcirse de lo perdido, sino de lucrarse de una vez por todas, pues después de aquel desastre había subido tanto el precio del cerdo, que valía su peso en oro; y él había descubierto unos pastos altos en la sierra Madroñera, muy oreados, a donde no había llegado la peste, y era el momento de comprar todos los que hubiera y criar otros tantos y de allí a un año todos serían ricos.

Como don Gonzalo ya había consumido en el primer envío lo principal de sus ahorros, mandó poderes al toledano para solicitar empréstitos sobre su hacienda de Toledo, y de ahí le vino la ruina definitiva. Los Yepes acostumbraban a prestarse dineros los unos a los otros, sin rédito, pero tenían como regla de oro no pedírselo nunca a extraños, ni cuanto menos a judíos o usureros. No se alcanza a comprender como hombre tan versado en el mundo de los negocios pudo cometer semejante

locura, pero de las piaras de la sierra Madroñera nunca hubo noticia cierta y por parte del toledano todo era enviar propios contando desgracias, sólo atribuibles a un hado adverso que hasta hizo naufragar una nave, cargada de cerdos, cuando estaba fondeada en la rada de Sanlúcar de Barrameda, presta para levar anclas.

El toledano no se presentó por la hacienda del río Tajo para dar cuenta de su gestión, pero los que sí lo hicieron fueron los alguaciles, con sus embargos y apremios, y con la amenazadora sombra de que, si lo embargado no alcanzaba a cubrir lo debido, el deudor principal debería ingresar en prisión, conforme mandaba la ley.

-Antes prefiero la muerte -determinó quien, como honrado comerciante que había sido toda su vida, consideraba la prisión por deudas más ignominiosa que la muerte en el patíbulo.

Y desde ese día se dispuso a morir y de allí a poco lo consiguió, sin que sirvieran de nada los razonamientos que le hiciera su hijo sobre cómo habrían de salir adelante con el esfuerzo de su trabajo. Murió como buen cristiano muy arrepentido de su vida pasada, dándole buenos consejos a su hijo para que no le ocurriera otro tanto y, cosa curiosa, muy consolado con la presencia de Tomás, el mandado de don Hernando. Era éste un criado viejo, muy de la confianza de todos los Yepes, y a él se confió don Gonzalo encareciéndole que se llevase consigo a su hijo, pues no tenía culpa de las locuras de su padre y llevaba un apellido que no merecía el desdoro que él estaba padeciendo. También le hizo portavoz de su arrepentimiento por haberse apartado de la familia, y que le hiciera saber a don Hernando que otra hubiera sido su suerte de haber seguido en el negocio de la seda, que era el que bien conocía.

Estas noticias llegaron a Medina y don Hernando, aunque fingía pena por el triste fin de su pariente, más ufano no podía estar haciendo ver a toda la familia lo que ocurría a la oveja que se desmandaba del rebaño, y traía a colación la parábola del hijo pródigo, y en este caso él hacía de padre amoroso que recibía con los brazos abiertos al hijo del proscrito.

2. El esplendor de los Yepes

Don Hernando Aguilera de Yepes, era un hombre maduro, pero no viejo, de poco más de cuarenta años, padre de cuatro hijas, muy codiciadas en matrimonio por su dote, pese a no ser especialmente agraciadas. Le había faltado un varón en su descendencia y se cuenta que recurrió a una sanadora muy famosa para conseguirlo, sin fortuna, y siempre le quedó esa pena y por eso miraba mucho con quién había de casar a sus hijas, pues confiaba que sus maridos tendrían que hacer las veces de los hijos, que Dios no tuvo a bien concederle.

Cuando falleció don Gonzalo envió dineros para que recibiera digna sepultura, pues no podía consentirse que un Yepes, que había sido de los suyos, fuera enterrado en una fosa común, y en toda parecía mostrarse muy caritativo, y al hijo lo recibió, como queda dicho, con los brazos abiertos, aunque de primeras lo mandó a vivir a una alquería que tenía a las afueras de Medina, pero tan pronto advirtió que tenía más letras y entendía más de números, que lo que era habitual entre comerciantes, se lo trajo a vivir a su propia casa, un palacete en la calle principal de Medina, que se componía de dos plantas muy hermosas y un sótano que servía de vivienda de la servidumbre que entre criados y criadas, no bajaban de la docena. También tenía un esclavo africano, a quien trataban con bastante humanidad y prueba de ello es que le compraron una mulata portuguesa para que le sirviera de esposa. Así como en Andalucía y Portugal era corriente que los señores tuvieran esclavos de color, que les servían de cocheros o palafreneros, de librea, en Castilla no ocurría otro tanto, y no todos veían con buenos ojos esa costumbre. Pero don Hernando entendía que eso daba dignidad a la casa y que en tratándolos con caridad, poco daba que los criados estuvieran a jornal, o sujetos de por vida. Y a los que le reprochaban esta ostentación les replicaba que, según los teólogos de Salamanca, el dueño de esclavos no se condenaba por tenerlos, sino por el modo de tratarlos. Don Hernando era muy dado a citar a los teólogos de Salamanca, no por su nombre, sino como si todos fueran uno, y ese uno acertaba en lo que convenía a sus intereses.

Este negro era etíope, de buena presencia, y con tal fortaleza física que él solo podía sacar un carro de un atolladero y sostenerlo en vilo, mientras cambiaban la rueda quebrada. Parecía que no servía para otra cosa que, para ejercicios de fuerza, hasta que se incorporó al palacete Gonzalo de Yepes el joven, quien le tomó afición y se empeñó en enseñarle a leer, con el aprovechamiento que se verá. El negro se llamaba Eusebio y la mulata Potenciana.

Anejo al palacete disponía don Hernando de un almacén, que hacía las veces de depósito de mercancías y de contaduría, y en él trabajaba Gonzalo, en una pieza que le habilitaron como vivienda. Esta pieza la atendía la mulata Potenciana y por ahí comenzó su trato con los negros.

Gonzalo de Yepes tenía sobrados motivos de agradecimiento hacia don Hernando, pues gracias a él su padre recibió digna sepultura y murió con la tranquilidad de que su hijo no quedaba al desamparo, y por eso se esforzaba en corresponder, y no ponía reparos a ningún trabajo que le encargaran, y si era necesario se dejaba las pestañas a la luz de un candil con tal de cuadrar las cuentas a gusto de su tío.

Pronto advirtió éste sus buenas disposiciones y le encargó otros trabajos de administración de más enjundia, que le obligaban a viajar a las plazas a las que se extendía el negocio, principalmente Ávila, Arévalo, Peñaranda, Madrigal de las Altas Torres y Toledo. Y cuando tenía que traer y llevar dineros le acompañaba el negro Eusebio, como protección, y en tantas horas de camino a lomos de mula, o de caballo, fue cuando descubrió Gonzalo las luces de entendimiento que tenía el africano.

A la sazón la mula era el animal más apreciado de todos, reservado para obispos y otras dignidades de la Iglesia, siendo más propio que los caballeros se sirvieran de caballos o jumentos, según sus posibilidades, aunque tampoco estaba mal considerado que las eminencias civiles se sirviesen de mulas en los viajes largos. Don Hernando tenía cuatro de estos hermosos animales y, cuando lo consideraba oportuno, y como señal de deferencia, consentía que Gonzalo de Yepes viajara en uno de ellos. Los negros, ya desde el Fuero Viejo, tenían prohibido

montar a caballo y por eso Eusebio caminaba junto a su amo a buen paso, y en las cuestas abajo a la carrera.

A Gonzalo de Yepes, desde que les viniera la ruina le desapareció el aire risueño de su primera juventud y se le quedó un punto de melancolía y un deje soñador que le llevaba a discurrir sobre las vanidades humanas y los afanes de este mundo, hasta el extremo de que no descartaba la posibilidad de profesar en religión cuando cumplierse la deuda de honor que tenía contraída con su tío.

En aquellos largos viajes, procuraba seguir la recomendación que en su día diera el canónigo don Juan para todos los Yepes, de evitar posadas y mesones y buscar acomodo en conventos o monasterios, lo que hacía con gusto, quedándose prendado de la paz que reinaba en aquellos enclaves del reino de los cielos, y por ahí iban sus sueños para el día de mañana. Sin embargo, cosa curiosa, un anciano prelado benedictino de un pequeño monasterio de los Toros de Guisando, a quien le contó sus penas y sus sueños, le advirtió en una noche de invierno:

-Mal acomodo tienen en las apreturas de la vida monástica, quienes buscan bálsamo, o medicina, para las heridas del mundo, que aquí no venimos a curarnos, sino a amar, y mal puede amar quien anda desamorado por culpa de cosas de poco fuste, como son todas las que se suceden entre los hombres.

Y le razonó que la ruina de su padre, que él tenía como la mayor de las desgracias, era cosa de nada y más bien provechosa, si le había servido para arrepentirse de su vida pasada y salvar su alma, que era a la postre lo único que importaba.

-En esas estoy, santo padre -admitió humilde el joven- pero entiendo que es más fácil conseguir ese arreglo final viviendo entregado a la vida de piedad entre los muros de un convento, que no por esos caminos de Dios.

-En lo primero marras pues meterse entre los muros de un convento sin ser llamado por Dios, es tanto como llamar a las puertas del infierno, y en lo segundo aciertas pues tú mismo dices que por esos caminos está Dios y en ellos te brinda su amistad, con no menos amor que al fraile en su aposento.

Y, a continuación, mirándole muy fijo, como si tuviera el don de la profecía, le advirtió:

-Y tengo para mí que tú no has de ingresar en un convento, sino que has de casar, bien casado, no según el mundo, sino según el querer de Dios, y de un matrimonio santo se suceden bienes muy gratos a los ojos del Señor.

Con tal unción pronunció estas palabras el anciano monje, que Gonzalo sintió una moción interior que, sin alcanzar a comprenderla del todo, se le representaba en forma de una doncella de ojos negros y el cabello del mismo color, que le estaba aguardando en un lugar distinto a todos los que había recorrido hasta entonces.

-¿Y qué debo hacer, entonces, santo padre? -se atrevió a musitar, por ver de aclarar lo que sentía por dentro.

-Déjate guiar por tu corazón, en lo que te dicte en su parte más elevada, y tratar al prójimo como quieres que te traten a ti.

Esto sucedía en un invierno de los más crudos que se recordaban en Castilla y a la mañana siguiente se encontraron los campos nevados, el que menos con un par de palmos de nieve, y a pesar de todo emprendieron viaje, pues era de las veces que llevaban dinero para pagar a un proveedor de Ávila y formaba parte del honor de los Yepes, según la doctrina de don Hernando Aguilera, el cumplir sin excusa ni pretexto los compromisos de pago.

Marchaba Gonzalo jinete sobre una mula de paso, a la que habían recubierto los cascos con trapos de lana y a su lado, como de costumbre, caminaba Eusebio con gran esfuerzo, hundiéndose en la nieve en ocasiones hasta la rodilla. Se compadeció de él el joven y le consintió que, en lugar de abrir camino, llevando al bruto por el ronzal, se situara a su espalda pisando sobre sus huellas para no hundirse tanto. Pero aun así la marcha se le hacía muy penosa y aunque había dejado de nevar, a las pocas leguas se puso a tiritar el negro, cosa muy propia de los de su condición que venían de tierras cálidas y no se hacían a los fríos de Castilla. Y Gonzalo, todavía bajo la impresión de las misteriosas palabras del monje, pensó que aquel era el único prójimo que tenía a la vista -los caminos se ofrecían desiertos a la vista en día tan crudo- y bajándose del caballo le mandó subir, a lo que el negro se negaba por miedo que le pudieran pillar los cuadrilleros haciendo algo prohibido a los de su raza.

Pero pudo más la autoridad del joven, que no sólo le hizo montar, sino que le cubrió con una manta que, además de quitarle el frío, le tapaba hasta la cara de manera que no se sabía si era blanco o negro el jinete.

Gonzalo se puso de camino tras las huellas de la mula, con una satisfacción tan grande, que llegó a pensar que aquello era cosa de Dios, pues no se cansaba, ni sentía frío en los pies y era capaz de seguir el paso del animal con una viveza que no recordaba haber tenido en ocasiones más propicias para caminar.

Al atardecer, helador y con un viento que cortaba, se detuvieron en una posada del camino y el negro Eusebio, cuando se quedaron solos en el pajar, se echó a llorar y le besó las manos con devoción. Y desde aquel día comenzó entre ambos un trato de amistad, aunque disimulado cuando había gente delante, y fue cuando Gonzalo descubrió que el esclavo no sólo sabía hablar, sino también, a poco que se le explicara, entendía en qué consistía el arte de juntar las letras para leer.

En lo que respecta al habla había en la península, tanto por la parte de Portugal, como por la de Castilla, dos clases de negros esclavos: los llamados ladinos, que nacidos hijos de esclavos, pero ya en la península, estaban bautizados y sabían expresarse en castellano, y los bozales, de menos valer porque habían sido traídos de África y no sabían el castellano.

Eusebio era bozal, de Etiopía y aunque entendía las órdenes que le daban sus señores, sólo acertaba a responder, sí mi amo, y a todos les parecía natural que persona tan salvaje no alcanzara a más, hasta que se franqueó con su joven protector y le confesó que, desde que se casara con la mulata Potenciana, que era ladina y muy bien hablada, había aprendido mucho, pero no quería lucirlo por temor de que sus amos tuvieran la tentación de venderlo. Este temor tenía su fundamento porque los aborígenes del Caribe resultaron muy blandos para los trabajos de buscar oro y labrar los campos y el remedio fue enviar negros, alcanzando mayor valor en los mercados, los llamados ladinos. Por eso bastantes mercaderes, sobre todo portugueses y de la parte de Huelva, se traían negros de Berbería a bajo precio, les enseñaban el habla castellana y los vendían con ganancia para las plantaciones de las Antillas. Don Hernando, en ocasiones, bromeaba sobre que no debía ser aquel mal negocio, y por eso Gonzalo no animó al negro Eusebio a que descubriera su secreto.

Y lo de las letras fue porque en tan largos viajes, cuando el joven Yepes iba caballero sobre su mula, gustaba de ir leyendo, bien libros de piedad, bien de caballería, pues a ambos era muy aficionado y, con frecuencia, lo hacía en voz alta, sobre todo con los de piedad, para que el negro se ilustrase en las verdades de la fe católica, pues, aunque había recibido el bautismo estaba bastante huero de ellas. Y cuando se reposaban a la sombra de algún bosquecillo, con un palo escribía letras sobre el polvo, al principio por distracción, o a modo de acertijo, pero pronto con gran empeño al ver el aprovechamiento que el negro sacaba de ello. Como le parecía un milagro que persona tan ruda llegara a tanto, lo primero que le enseñó a escribir fue el Ave María, tal y como venía en la Escritura, como muestra de agradecimiento a la madre de Dios, de la que era muy devoto el joven Yepes.

No era lo que estaba sucediendo cuestión baladí pues a raíz del descubrimiento de las Indias se planteó la cuestión de sí los indios tenían, o no tenían alma, bien es cierto que por parte de los que estaban interesados en que no la tuvieran para poder tratarlos como a las bestias, pero desde la Corona se dijo que sí la tenían, y aunque el Papa de Roma fue del mismo parecer, eran muchos los que los trataban como si no la tuvieran o, de tenerla, como si fuera de peor condición que la de los cristianos viejos. Si esa era la suerte de los indígenas del Caribe, no tenía porque ser mejor la de los negros, y por eso unos y otros estaban relegados a los trabajos más serviles, y sus amos decían que no servían para otra cosa. De ahí que Gonzalo de Yepes pusiera mucho afán en que aprendiera a leer, por considerarlo arte que depende del espíritu, y ser el espíritu don del alma racional. Aunque estaba gozoso con aquel descubrimiento, ambos se concertaron en no decir nada a sus amos hasta sopesar con calma las consecuencias que de ello podrían derivarse.

A la mulata Potenciana tampoco le ilustraron demasiado al respecto, porque esclava desde su niñez, se daba por satisfecha con su actual situación y temía que si su marido se salía de sus cabales les tornase la suerte. Pero como estaba muy agradecida al trato que les dispensaba Gonzalo, por corresponder, al regreso de uno de sus viajes le comunicó que sabía de buena

fuente que don Hernando, tan satisfecho estaba con su comportamiento, que había decidido darle una de sus hijas en matrimonio, aunque todavía no estaba determinado cuál de ellas sería. La buena fuente era la costumbre que tenía de escuchar tras las puertas, como es habitual en todos los criados de casa señorial.

Gonzalo se quedó perplejo con la noticia, y más aún cuando al poco don Hernando le comunicó que ya era hora de que dejase el cuchitril que tenía por vivienda en la contaduría, y se trasladara a la casa grande, en la que le asignaron una habitación de respeto, en la buhardilla, muy hermosa y soleada, y desde entonces, cuando paraba en Medina, hacía el almuerzo y la comida con la familia del prócer.

Las hijas, como queda dicho, eran cuatro, la mayor andaría por los veinticinco años, y la más joven por los dieciocho. Sin ser especialmente agraciadas, tampoco eran desagradables a la vista, iban siempre muy compuestas, con ricos vestidos de seda, y las cuatro se daban mucho arte tocando el clavicordio. La madre era mujer muy sosegada, obediente en lo principal a su marido, aunque en lo suyo sabía hacerse respetar, porque tenía su genio.

Gonzalo estaba para cumplir los veintiún años y, aunque desconcertado, comprendía la gran suerte que era para un huérfano, sin bienes de fortuna, contraer matrimonio tan ventajoso. El desconcierto le venía de que no dudaba ser cierto lo que le dijera la mulata Potenciana, y el nuevo trato que le daban avalaba esa certidumbre, pero le desazonaba el no saber con cuál de ellas había de casar.

La mayor era la que más le atraía, por ser también aficionada a lecturas, de manera que comentaban libros y se los intercambiaban. Amor no sentía por ninguna de ellas, aunque tampoco estaba seguro porque no sabía lo que era el amor. También discurría sobre el débito conyugal y con cual lo cumpliría mejor, pero luego se avergonzaba de esos pensamientos pues acababan donde no debían.

Las cuatro se mostraban simpáticas y graciosas con él, dándole tratamiento de primo, pese a que el parentesco era muy lejano, y al respecto un día de fiesta en el que habían comido y bebido más que de costumbre, don Hernando, eufórico, le dijo:

-Mira, mi buen Gonzalo, que fueras a prendarte de una de estas doncellas y pretendieras desposarla... ¿Crees que tendrías que pedir dispensa, por el parentesco que nos une? -y sin esperar respuesta contestó- No tal, porque el tronco común lo tenemos en un bisabuelo y eso nos lleva al décimo grado de consanguinidad y, en tales casos, la Iglesia nada tiene que decir.

Fue la primera declaración de sus intenciones y no siguió adelante porque su esposa, frunciendo el ceño, le dijo que no era aquel modo de hablar delante de doncellas.

Aquella noche el matrimonio tuvo palabras y al día siguiente Potenciana le pudo dar información al joven Yepes:

-Si de nuestro señor dependiera, vuesa merced casaría con la mayor, pues el que la despose será el que en su día se haga cargo del negocio y vos sois el que mejor lo conocéis, el más aplicado, y el que más provecho puede sacar para bien de todos.

-¿Y no tengo en mi contra -no pudo por menos de ponderar el joven- el no disponer de un ochavo, sino más bien deudas con mi benefactor?

-En eso ve una gran ventaja, y le razona a la señora que siendo hombre de honor, y por tal os tiene, estáis tan obligado con él que en todo haréis cuanto se os mande, mientras que el caballero con bienes de fortuna, que venga a ser su yerno, no tiene porque estarle tan sujeto, y el que le estén sujetos, y todos muy unidos en el negocio, es para su señoría lo más principal. Pero el desacuerdo entre ellos está en que la mayor es requerida, desde tiempo ha, por uno de esos caballeros, y ella le corresponde, y no ve su madre razón para torcer su voluntad. O sea que ya puede vuesa merced, ir poniendo sus ojos sobre la segunda, aunque tampoco doy por cierto que haya de ser ella.

Esta segunda se llamaba María, era muy dulce, pero distraída y a veces le daban como arrobos y se quedaba fuera de sí, y luego se supo que obedecían que quería profesar como monja y entonces era costumbre tener esos éxtasis.

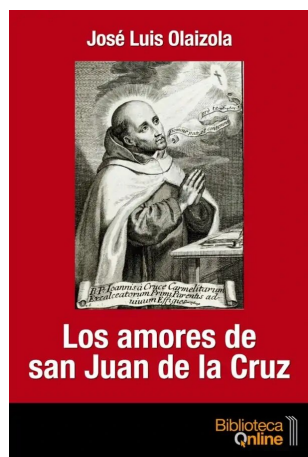
Por fin, a comienzos de la primavera del 1528, no le quedaron dudas a Gonzalo de Yepes, de que era la tercera la que le tenían destinada, pues los días de fiesta, mientras don Hernando hacía la siesta, la familia salía a pasear por una alameda

que había orillas de un río que va a dar al Duero, y pronto se encontraba emparejado con esta tercera, que se llamaba Andrea, y que por la edad, recién cumplidos los veintiún años, le venía bien. Tampoco le desagradaba en otros extremos, pues era muy juguetona y, so pretexto de la ingenuidad de sus pocos años, le decía cosas muy maliciosas sobre las relaciones entre hombre y mujer, y con eso de que eran primos le tomaba de la mano para leerle la buenaventura, cuidando de que no hubiera gente a la vista, y se la retenía un buen rato, buscándole las rayas de la suerte, que siempre acababa con que había de casarse con un doncella en todo tan parecida a ella, que al joven le venía un rubor a la cara, pues no estaba acostumbrado a esta clase de juegos, aunque no le desagradaban.

La mulata Potenciana le confirmó que Andrea era la elegida, y que la niña se sentía feliz por haberse prendada de joven tan agraciado y de tan buen corazón. El se aprestó a corresponder a aquellos sentimientos, discurriendo mucho al respecto, y hasta leyendo libros de los clásicos en los que se explicaba en qué consistía el amor.

Pero pronto le sacó de dudas algo que no viene escrito en los libros, y que a él le sucedió en Fontiveros, pequeña plaza situada a nueve leguas de Medina.

¿Quieres seguir leyendo?



Acabas de leer el comienzo de *Los amores de san Juan de la Cruz*, de José Luis Olaizola. El libro completo es una novela en quince capítulos que sigue la vida del santo, desde la familia de mercaderes de seda de la que procede hasta sus años de reformador, poeta y preso, respetando siempre el marco histórico.

Comprar el libro completo ›

bibliotecaonline.es/los-amores-de-san-juan-de-la-cruz

QUÉ ENCONTRARÁS EN EL LIBRO

- **Los Yepes.** La familia de mercaderes de seda de Medina del Campo, la ruina de Gonzalo de Yepes y su vida junto a don Hernando.
- **Los padres del santo.** El amor en Fontiveros, el taller de la felicidad y Catalina Álvarez, viuda de Yepes.
- **Infancia y vocación.** La conversión de Francisco de Yepes, el orfanato en Medina del Campo, la vocación de fray Juan de Santo Matía y su oración.
- **Reformador y poeta.** De la pobreza de Duruelo a la Encarnación, el demonio, un poeta encarcelado, las tierras de Andalucía y el «Donde no hay amor, pon amor».

Novela construida a partir de la investigación del carmelita descalzo Crisógono de Jesús Sacramento.

Digital Reasons

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-17539-38-2



Escanea para comprar